

a la de D. Leandro, de planta baja y uniforme, que dan testimonio de modestia, sí, pero de buen gusto y bella sencillez, mejores que las de la acera de enfrente a pesar de no tener el aliciente del sol.

Un poco más allá de esta desafortunada casa pero en su misma acera, está el hogar de los viejos que no se puede excluir de los desaciertos que alcanzan a toda la zona que se encuentra en este caso, por los enormes basureros y enterramientos de animales que había en el corralón del matadero a la vista de todo el mundo y tanto más cuanto más se acercaban a las paredes del mediodía y del poniente del edificio, porque la nave de los sacrificios estaba en el fondo y a la izquierda contra el solar conservado de la fábrica del salitre, factores que hay que agregar a la naturaleza insalubre de toda la demarcación.

Si la gente hubiera ido como yo a jugar a los terronteros negruzcos o escombreras de los Sitios cuando quitaron las salitrerías sin haber más edificio que el de la fábrica, porque el matadero entonces estaba en la carretera por donde el marmolista Castaña después y a cargo de la Picuca que lavaba los mondongos, puede que no hubiera corrido tanto para hacer allí sus viviendas. Era natural que el matadero diera frente al doblez del arroyo para que corrieran las aguas sucias, que es la razón de que luego se poblaran en primer término las dos márgenes de dicho arroyo.

Otro más reciente, el yerno de don Vicente Moraleda, el también veterinario Manuel García de Mateos, se montó el herradero en los Sitios, en el porche de la portada de su casa, pero se agarró bien haciendo la obra más resistente de los Sitios que no se como andaré, pero estuvo mucho tiempo a medias y totalmente a la intemperie sin sufrir ningún deterioro ni alteración. No hay otra en los sitios que se le pueda comparar en solidez y resistencia, con aires de fortaleza, porque la portada que le colocó tampoco se la va a llevar el aire.

La oscuridad y el silencio que emanaban de los Sitios hacia el pueblo, desde el mismo anochecer, eran verdaderamente temerosos y muchos pasaban cantandillo las vías de comunicación, como el arco y el callejón de don Juanito, para ahuyentar al miedo, igual que las demás callejuelas o portadas abiertas de callejones de servidumbre de todo el pueblo.

Aun habiendo algunas casas ya en los puntos más próximos a la plaza, como el arco mismo, estuvieron mucho tiempo sin luz y causando mucho respeto cruzar de un barrio a otro a partir del toque de oración que dejaba el pueblo en tinieblas y sin ruidos, con una luz en la esquina de la plaza y otra en el boquete, más la claridad de la esfera del reloj, con la plaza inundada a lo mejor y el arroyo corriendo con el son de sus concavidades en su continuo rodar más amedrentador que en el pleno campo.

Los primeros vecinos o los que tenían portadas que daban allí y se veían obligados a salir de noche, como la Gorgusa misma o la tía Martina, con 17 chicos alrededor para ella sola y la luz del día para todos — ¡cuántos trabajicos! — u otros de la plaza de la fuente o de Santa Quiteria, se arreglaban con farolillos de hojadelata y una lampareja con aceite, porque los candiles se les